

Anuschka van't Hooft y José Cerda Zepeda. *Lo que relatan de antes. Kuentos tének y nahuas de la Huasteca*. México: Programa de Desarrollo Cultural de la Huasteca, 2003; 175 pp.

En nuestro país la recopilación y publicación de cuentos, leyendas o mitos de tradición indígena es por sí misma una labor importante, ya que ofrece la posibilidad de conocer textos que en general resultan ajenos para el hispanohablante y que de otra manera, muy posiblemente, jamás conocería. Sin embargo, el valor de recoger este material literario va más allá. Detrás de estos singulares relatos subyace un conjunto de creencias, pensamientos, normas y valores, también lejanos a nuestro pensamiento occidental, que se asoman a través de sus personajes, de los propios acontecimientos y de los lugares en que se sitúan estas historias.

Los autores del libro *Lo que relatan de antes. Kuentos tének y nahuas de la Huasteca*, conscientes de esta premisa, deciden incluir una serie de notas introductorias con el objeto de dar a conocer la interrelación que existe entre el texto y el contexto de los relatos. Así, la presente publicación no busca únicamente difundir y generar una valorización de estas expresiones orales fuera de las comunidades indígenas; se propone, además, acercarnos a la comprensión de la tradición oral tének y nahua, como una expresión cultural compartida entre dos grupos indígenas que históricamente han convivido muy de cerca en la región Huasteca (9-10).

En la época prehispánica los tének (ahora también conocidos como huastecos) constituyeron una muy importante cultura que se ubicaba en los límites septentrionales de Mesoamérica. Su asentamiento llegó a abarcar parte de los actuales estados de Tamaulipas, Veracruz, San Luis Potosí, Hidalgo, Puebla y Querétaro. Hoy en día, este grupo pervive en dos núcleos regionales separados dentro de la Huasteca: uno de ellos en el estado de Veracruz y el otro en San Luis Potosí. Esta división se produjo hacia fines del siglo XV, cuando los mexicas, como parte de una estrategia de conquista, se introdujeron en el sur de esa región.

A partir de entonces, la interacción entre ambos grupos se ha dado en diversos grados, y su cercanía a través de los años ha propiciado la comunión de varias expresiones culturales, que se percibe incluso en algunas zonas donde ya no existe una convivencia tan próxima; así sucede con los nahuas de Hidalgo, que — como explican los propios autores — constitu-

yen el único grupo indígena que habita esa zona de la Huasteca. Parte de esta comunión se ve reflejada en la tradición oral, lo cual, sin duda, denota grandes similitudes en las formas de pensamiento de ambos grupos.

Los relatos que componen este libro provienen de la región serrana del sur de Aquismón, en el estado de San Luis Potosí (región tének) y del municipio de Xochiatipan, en el estado de Hidalgo (región nahua). Los textos se reproducen, en su mayoría, en lengua indígena con traducciones al español, a excepción de unos pocos ejemplos que sólo fueron encontrados en castellano.

La temática en los cuentos de estas dos etnias es, al parecer, bastante amplia y variada; no obstante —se nos dice en la introducción— su tradición oral se divide en dos tipos de narrativa, de acuerdo con la veracidad que los tének y los nahuas atribuyen a sus diversos cuentos. Así, se distinguen los relatos verdaderos de los relatos ficticios (17-18). En esta publicación se reúnen sólo cuentos que son considerados verídicos y que narran siempre eventos ocurridos en el pasado. Muchos de ellos hacen referencia a los seres creadores de los diferentes elementos del cosmos —como el agua, el fuego, el viento y la tierra— y describen las circunstancias que permitieron llevar a cabo esas tareas primigenias.

En los cuentos considerados verídicos uno de los temas más recurrentes se relaciona con el origen del maíz. Como sucede en otras regiones, los indígenas huastecos son esencialmente campesinos, y su sustento diario se basa en una agricultura de autoconsumo, cuyo producto principal es, precisamente, el maíz. El arraigo a la tierra, como medio básico de su subsistencia, y la trascendencia del maíz en el plano cotidiano y simbólico se manifiestan claramente en la tradición oral de estos dos grupos. No hay que olvidar, además, que en el pensamiento indígena el maíz es la sustancia de la cual los seres creadores engendraron al hombre.

En estas páginas encontramos dos versiones acerca del nacimiento del maíz. En la primera se habla de un niño prodigioso que sobrevive a las diferentes pruebas que la malvada abuela le impone, convirtiéndose de esta manera en maíz. En la segunda versión se describe cómo el Trueño, por petición de los hombres, decide “quebrar el cerro” para liberar el maíz que se encontraba oculto y resguardado por hormigas en una montaña.

No cabe duda de que algunos de estos cuentos son, en realidad, viejos mitos prehispánicos que, a pesar de haber sufrido transformaciones, han pervivido en la memoria indígena a través de varias centurias. Los cuentos actuales refuerzan la idea de que hubo una época en la que no existía el maíz, el cual es considerado como un ser real, vivo. La segunda versión sobre el nacimiento del maíz, por ejemplo, es una derivación del mito que narra cómo Quetzalcóatl descubre a una hormiga roja cargando una semilla de maíz. Cuando él le pregunta dónde está, ella no contesta, por lo que el dios se convierte en hormiga negra para poder seguirla hasta el “cerro de los mantenimientos”. Poco a poco roba granos de maíz y se los lleva a los dioses en el Tamoanchan. Ellos lo mascan y lo hacen masa para que el hombre pueda comer. Como esto resultaba cansado, decidieron abrir todo el cerro y sacaron del interior el maíz blanco, negro, amarillo y todos los demás alimentos que eran buenos para los hombres.

A lo largo de las páginas de este libro hallamos muchas creencias y valores indígenas que tienen también antecedentes en la cosmovisión de los pueblos prehispánicos. Una de ellas es la inminente dualidad que le atribuyen a algunos seres sobrenaturales, que los tének y nahuas conciben como santos, espíritus o dueños. En el tercer relato, por ejemplo, se habla de la ayuda que san Juan proporcionó al hombre en una época de mucha hambre, al quebrar el cerro que contenía el maíz. Desde entonces Juan se hizo milagroso, se convirtió en el Dios Juan o Múxilam (el gran Mamlab). Pero el poder atribuido a este santo también resulta destructivo para los hombres, quienes por temor deciden construirle su casa lejos, dentro del mar. A él no le avisan cuándo es su fiesta, porque si se enterara vendría con vientos y lluvias muy fuertes. Tampoco le avisan cuando la naranja o el mango maduran, porque vendría a comérselos y, al venir, destruiría muchos pueblos (69).

En la actualidad –nos dicen los autores– los sitios que evocan un relato sobre algún evento importante del pasado son, a menudo, considerados sagrados, es decir, que son trascendentes por los sucesos que ocurrieron en esos lugares, muchas veces relacionados con algún elemento vital para la humanidad. Las cuevas, los manantiales, el nacimiento de numerosos ríos, alguna piedra llamativa o un árbol son lugares que se consideran frecuentemente sagrados (58). Dentro del área geográfica que habitan los tének y los nahuas, ciertos cerros muy eleva-

dos son apreciados como los sitios más sagrados. En la cosmovisión azteca los grandes cerros constituían un eje cósmico que vinculaba el cielo con la tierra y el inframundo, lo que permitía la comunicación entre los hombres y otros seres que habitan diferentes espacios del cosmos. Los indígenas huastecos de hoy en día piensan, en efecto, que el cerro sagrado llegó a tocar el cielo, pero que en algún momento fue necesario romperlo en varias partes. Son diversas las razones que explican este acontecimiento. La más importante es, probablemente, que dentro de él se encontraba el maíz, que ellos necesitaban para su manutención. Otra explicación sostiene que esa fue la manera de evitar que K'olének, la vieja que comía niños recién nacidos, bajara del cielo a la tierra, lo cual lograba por medio de la montaña (68).

Otro acontecimiento relacionado con la importancia de la montaña se observa en el relato que nos habla de una época en la que los hombres, en comunión, trabajaban muy duro, todos los días, con el fin de lograr que la montaña se elevara y se acercara al cielo; así, ellos podrían escuchar lo que el Padre Celestial decía. Cuando este se percató de que la montaña ya está muy cerca decide que debe hacer algo para que los hombres dejen de trabajar un día, el domingo; pero el problema es que los hombres unidos no querían descansar. Para lograr su cometido, el Padre Celestial decide darles diferentes lenguas; así, un día en que los hombres llegan a trabajar, ya no se entienden, no se pueden hablar, sólo se miran y ya no pueden tampoco trabajar (77-79).

Los cuentos considerados verdaderos también suelen dar explicaciones acerca de algunas características físicas del mundo, del hombre y de los animales. Así sabemos, por ejemplo, que el sapo es aquel muchacho (o señor) a quien —en dos cuentos diferentes— se le pide que lleve y tire al agua las cenizas de la anciana malvada que come niños (abuela del joven espíritu del maíz en los dos primeros cuentos); él, desobedeciendo, destapa imprudentemente el cántaro o los huacales que contienen las cenizas, y debe su aspecto a los piquetes recibidos de las moscas y los zancudos que de ahí salieron (39, 55):

El señor se convirtió en rana, y es por eso que las ranas tienen la espalda llena de granos, porque así está el señor que picaron los zancudos, y también por eso cuando uno pasa por un arroyo donde hay mucha hu-

medad hay muchos zancudos, porque es la viejita que se convirtió en zancudo (74).

El aspecto de algunos animales del agua se explica en el segundo relato de este libro, cuando Chicomexóchitl, una vez sumergido en el río después de haber sido arrojado por su abuela, les gritaba: “¡No me coman, no me traguen, vomítenme!”. Y así fue como a la guabina, por no vomitar, se le hizo grande el estómago. La acamaya, en cambio, sí vomitó, y por eso se le hicieron saltones sus ojos. Y de todos los peces que vomitaron, como las mojarras y otros más, a los que no tenían tripas se les hicieron espinas en la espalda (46).

En otro pasaje del mismo cuento descubrimos, asimismo, el origen del caparazón de la tortuga en el fragmento en el que Chicomexóchitl, creador y espíritu del maíz, le pide a la “gran tortuga de flores” que le ayude a pasar al otro lado del río:

—Hazme un favor. Llévame al otro lado, hasta el otro lado, déjame allí, y me voy.

—¡Ah, bueno! Si quieres sí te llevaré. ¡Sube a la espalda, en la espalda sube y agárrate bien aquí a mi ropa!

En su espalda subió y le está agarrando bien. Y cuando todavía no iba muy lejos, luego sintió [la tortuga] que le hacían cosquillas en la espalda.

—¡No me hagas cosquillas, no me hagas cosquillas!, ¡tú, Chicomexóchitl! Si no quieres que te lleve, te voy a dejar a mitad del agua.

Ya no la hizo enojar y otra vez avanzó un poco. Otra vez sintió [la tortuga] que le hacían cosquillas en su espalda.

—De veras, te dije que no me hicieras cosquillas, si no, te dejaré en el agua y me iré.

Otra vez ya no le hacía cosquillas, y otra vez, ya cerca de la orilla, otra vez lo hace, no sólo para hacerle cosquillas, sino se lo hace como adorno de su espalda, para que se haga bonita su ropa. Así lo hizo y la tortuga lo fue a sacar del otro lado del agua y luego se enojó:

—¡Uta, qué fea hiciste mi ropa! ¿Por qué lo haces? De veras la hiciste fea, con muchas figuras hiciste mi ropa. ¡Uta, esto se va a ver para siempre, no se perderá!

—Lo he hecho para agradecerte de haberme sacado, por eso he hecho muy bonita tu ropa. Por mí te doy las gracias por haberme traído,

por haberme llevado sobre el agua para que me vaya. Me voy, para llegar a mi casa.

— ¡Ah, bueno!, así quedamos entonces (47-48).

Para la estructuración de este libro se pensó en combinar textos tének y nahuas con ciertas semejanzas temáticas. Esto nos permite observar los paralelismos que existen entre las versiones de ambos grupos en algunos cuentos incluidos en esta antología. Un ejemplo muy ilustrador son los dos primeros relatos que versan sobre el origen del maíz. Pese a las diferencias, nos encontramos con dos variantes de un solo texto. En ambos cuentos, los personajes son los mismos, aunque sus nombres varían: el niño prodigioso, espíritu del maíz y protagonista del cuento, la madre, los abuelos maternos y un muchacho llamado Wetech o Juanito, quien termina convirtiéndose en sapo. Estos personajes realizan una serie de actos ordenados que transcurren sobre una estructura preestablecida. Los dos relatos dan inicio con la mención de una muchacha joven, buena, a quien los padres sobreprotegen. Pese a todos los cuidados, la hija queda embarazada de forma maravillosa a la orilla de un pozo, de un manantial. Una vez que los padres se dan cuenta de la situación surge el rechazo a la hija y, cuando el niño nace, la animadversión crece, especialmente por parte de la abuela hacia el hijo, quien se empeña firmemente en matarlo. El niño, creador y espíritu del maíz, renace y, en un último enfrentamiento, acaba por quemar a la abuela (en una choza o en un temascal). Finalmente, Dhipák —para los tének— o Chicomexóchitl —en la versión nahua— le encomienda a un muchacho que lleve y tire las cenizas de la abuela al mar (o al río).

El libro que comentamos se compone de 17 relatos que se organizan de acuerdo con seis temas principales: “Dhipák y Chicomexóchitl”, “El cerro quebrado”, “El cuento de un hombre y un conejo”, “Los dueños del agua”, “El origen del fuego” y “Las aguas del cielo”. La variedad temática y la riqueza expresiva manifiestas en los cuentos aquí esbozados hacen de esta antología un libro en verdad muy atractivo y altamente recomendado. En la lectura de los relatos encontramos sabiduría, ingenuidad, antigüedad y belleza a través de la mirada indígena de dos grupos que pueblan hoy la región huasteca.

Las introducciones que anteceden los diferentes capítulos, por su parte, son pequeños estudios, que nos permiten hacer una segunda lectura de los cuentos, ya que nos proporcionan los elementos necesarios para acercarnos al pensamiento de estos pueblos, para quienes la tradición oral es uno de sus grandes entretenimientos.

ROSA VIRGINIA SÁNCHEZ  
CENIDIM-INBA